

El Hospital de Cristo

NO. 2260

**UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 9 DE MARZO, 1890.
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES,
LEÍDO TAMBIÉN EL DOMINGO 12 DE JUNIO, 1892.**

***“El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.”
Salmo 147:3.***

Cuantas veces hemos leído este Salmo, invariablemente nos ha causado una gran impresión el contexto en el que se encuentra este versículo, y especialmente su conexión con el versículo siguiente. Lean los dos de seguida: “El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas. El cuenta el número de las estrellas; a todas llama por sus nombres.” ¡Cuánta condescendencia y grandeza! ¡Cuánta piedad y omnipotencia! Quien conduce a esos orbes poderosos en órbitas casi inmensurables, es también el Médico de las almas de los hombres, y se inclina a los corazones quebrantados, y con Sus propios dedos llenos de ternura, cierra la abierta herida y la venda con el linimento del amor. Piensen en ello; y si no pudiera hablar, como deseo hacerlo, sobre el maravilloso tema de la condescendencia, ayúdenme con sus pensamientos a hacerle reverencia al Hacedor de las estrellas, que es, al mismo tiempo, el Médico de los corazones quebrantados y de los espíritus heridos.

Estoy igualmente interesado en la conexión de mi texto con el versículo que le precede: “Jehová edifica a Jerusalén; a los desterrados de Israel recogerá.” La iglesia de Dios no podría estar mejor edificada que cuando es construida con hombres de corazones quebrantados. He orado a Dios en secreto muchas veces, últimamente, pidiéndole que le agrade reunir de entre nosotros un pueblo que tenga una profunda experiencia, que conozca la culpa del pecado, y que sea quebrantado y reducido a polvo bajo un sentido de su propia incapacidad e indignidad. Estoy persuadido que sin una dolorosa experiencia del pecado, raramente habrá mucha fe en las doctrinas de la gracia, y habrá poco entusiasmo en alabar el nombre del Salvador. La iglesia necesita ser edificada con hombres que hayan sido abatidos. A menos que conozcamos en nuestros corazones nuestra necesidad de un Salvador, nunca seremos lo suficientemente dignos de predicarlo a Él. El predicador que nunca ha sido convertido, ¿qué puede decir al respecto? Y quien no haya estado nunca en la mazmorra, quien no haya estado nunca en el abismo, quien

no se haya sentido echado lejos de la presencia de Dios, ¿cómo podría consolar a muchos de los que están perdidos y sujetos con las cadenas de la desesperación? ¡Que el Señor quebrante muchos corazones, y que luego los vende, para que con ellos edifique la iglesia y more en ella!

Pero ahora, abandonando el contexto, vengo al texto en sí, y deseo hablar de él para que todo aquel que esté aquí atribulado pueda obtener consuelo, si Dios el Espíritu Santo nos habla en él. Consideren, primero, *a los pacientes y su enfermedad*: “El sana a los quebrantados de corazón.” Consideren posteriormente, *al Médico y Su medicina*, y por un momento vuelvan sus ojos a Él, que hace la obra de salvación. Luego, voy a considerar *el tributo al grandioso Médico* que encontramos en este versículo: “El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” Por último y a manera de aplicación práctica, consideraremos *lo que debemos hacer* por Él, que sana a los quebrantados de corazón.

I. Entonces, en primer lugar, consideren A LOS PACIENTES Y SU ENFERMEDAD. Ellos sufren de quebrantamiento de corazón. He oído de muchos que han muerto por causa de esa enfermedad. Sin embargo, aquí hay algunos que viven con un corazón quebrantado, y que viven tanto mejor porque su corazón ha sido quebrantado. Viven una vida diferente y más elevada que la que llevaron antes de que ese bendito golpe despedazara su corazón.

Hay muchos tipos de corazones partidos, y Cristo es eficaz para sanarlos a todos ellos. No voy a rebajar ni estrechar la aplicación de mi texto. Los pacientes de ese grandioso Médico son *aquellos cuyos corazones son quebrantados por la aflicción*. Sus corazones son quebrantados por la decepción. Son quebrantados por el duelo. Son quebrantados de diez mil maneras, pues este mundo quebranta los corazones; y Cristo es muy eficaz sanando todo tipo de corazones quebrantados. Yo animo a todas las personas, aunque su quebrantamiento de corazón no sea de naturaleza espiritual, que busquen a Quien sana a los quebrantados de corazón. El texto no dice: “a los quebrantados espiritualmente de corazón,” por tanto no insertaré ningún adverbio, allí donde no haya ninguno en el pasaje. Vengan aquí, los que están trabajados y cargados; vengan aquí, todos los que se duelen, no importa cuál sea su dolencia; vengan aquí, todos los que tienen corazones quebrantados con un quebrantamiento de cualquier naturaleza, pues Él sana a los quebrantados de corazón.

Pero hay todavía un quebrantamiento de corazón especial al que Cristo le da la más pronta y tierna atención. Él sana *a aquellos cuyos corazones están quebrantados por el pecado*. Cristo sana al corazón quebrantado por causa de su pecado, al corazón que se aflige, se lamenta, deplora y gime, diciendo: “¡Ay de mí, porque he hecho este

terrible mal, acarreando mi ruina! ¡Ay de mí, porque he deshonrado a Dios, me he alejado de Su presencia, me he hecho acreedor de Su ira eterna, y en este momento Su ira permanece sobre mí!” Si hay alguien entre mis lectores cuyo corazón esté quebrantado por su vida pasada, ese es el hombre al que se refiere mi texto. ¿Está quebrantado tu corazón porque has desperdiciado cuarenta, cincuenta, sesenta años? ¿Está quebrantado tu corazón porque recuerdas que has maldecido al Dios que te ha bendecido, porque has negado la existencia del Dios sin el cual no hubieses existido nunca, porque has vivido sin educar a tu familia en la piedad, y sin ningún respeto de ningún tipo hacia el Altísimo? ¿Te ha hecho ver esto claramente el Señor? ¿Te ha hecho sentir qué cosa tan espantosa es estar ciego a Cristo, no aceptar Su amor, rechazar Su sangre, vivir como enemigo de tu mejor Amigo? ¿Has sentido eso? Oh, amigo mío, no puedo llegar hasta ese balcón donde estás para darte mi mano; pero quiero que pienses que lo estoy haciendo, pues deseo hacerlo. Si hay un corazón quebrantado por causa del pecado, le doy gracias a Dios por ello, y alabo al Señor porque tenemos un texto como este: “El sana a los quebrantados de corazón.”

Cristo también cura *a los corazones que han sido desatados del pecado*. Cuando tú y el pecado se han peleado, no vuelvan a contentarse más. Tú y el pecado fueron amigos en un tiempo. Pero ahora odias al pecado, y quisieras estar enteramente libre de pecado si pudieras. No deseas pecar nunca más. Deseas intensamente estar libre de tu pecado más querido al que te has entregado alguna vez, y deseas ser hecho puro como Dios es puro. Tu corazón ha sido desatado de sus viejas amarras. Lo que antes amabas, ahora odias. Lo que antes odiabas, ahora al menos deseas amar. Eso está bien. Me da gusto que lean este texto, pues a ustedes fue enviado. “El sana a los quebrantados de corazón.”

Si hay algún hombre quebrantado de corazón en cualquier lugar, mucha gente lo despreciará. “¡Oh,” dirán, “sufre de melancolía, está loco, tiene su mente trastornada por la religión!” Sí, los hombres desprecian a los quebrantados de corazón, ¡pero a ellos, oh, Dios, Tú no despreciarás! El Señor los cuida y los sana.

Y quienes no los desprecian, de todas maneras los evitan. Yo tengo unos cuantos amigos que desde hace mucho tiempo han tenido quebrantado su corazón; y cuando me siento más bien deprimido, debo confesar que no siempre los busco, pues estarían propensos a deprimirme más. Sin embargo, no me alejaría de ellos si sintiera que puedo serles de ayuda. Pero aún así, es parte de la naturaleza del hombre buscar a los que están alegres y felices, y evitar a los quebrantados de corazón. Dios no hace eso; Él sana a los quebrantados

de corazón. Él va donde se encuentren y se revela a ellos como el Consolador y el Sanador.

En muchísimos casos la gente se desespera con los quebrantados de corazón. “Es inútil,” dice alguien, “he procurado consolarla, pero no puedo lograrlo.” “He desperdiciado muchísimas palabras con tal y tal amigo, y no puedo ayudarlo,” dice otro. “He perdido las esperanzas que alguna vez salga de esa oscuridad.” No sucede así con Dios; Él sana a los quebrantados de corazón. Él no pierde la esperanza con nadie. Él muestra la grandeza de Su poder, y las maravillas de Su sabiduría, rescatando a hombres y mujeres del calabozo más vil en el que los haya encerrado la desesperación.

Los propios quebrantados de corazón, no creen que puedan ser convertidos jamás. Algunos de ellos están seguros que no lo serán nunca; desearían estar muertos, aunque yo no veo qué ganen con eso. Otros desearían no haber nacido nunca, aunque ese es un deseo inútil ahora. Algunos están listos a apresurarse tras cualquier cosa nueva, para tratar de encontrar un poco de consuelo. Mientras que otros, cuando se agrava más y más su caso, se quedan quietos en una desesperación sombría. Yo quisiera saber quiénes son ellos; me gustaría acercarme y decirles únicamente: “vamos, hermano, hoy no debes dudar ni desesperar, pues mi texto es gloriosamente completo, y está dirigido a ti. ‘El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.’” Lean ese versículo: “Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito.” Por consiguiente, Él puede sanar al quebrantado de corazón. Dios recibe gloria cuando levanta a un muerto. Cuando un alma no puede moverse, ni ayudarse a sí misma, Dios se deleita cuando viene con Su omnipotencia, y levanta el gran peso, y libera al cargado.

Se requiere de gran sabiduría para consolar a un corazón quebrantado. Si alguien lo ha intentado alguna vez, estoy seguro que habrá descubierto que no es una tarea fácil. Yo he dedicado mucho de mi vida a esta tarea; y siempre me alejo de una persona desanimada con una conciencia de mi propia incapacidad para consolar a alguien con un corazón quebrantado y abatido. Únicamente Dios puede hacerlo. Bendito sea Su nombre porque ha establecido que una Persona de la Sagrada Trinidad asuma este oficio de Consolador, pues ningún hombre podría desempeñar esos deberes. Tampoco podríamos soñar con ser el salvador de los quebrantados de corazón. Salvar o consolar de manera eficiente y completa es una obra divina. Es por eso que el Espíritu Santo ha asumido ser el Consolador; y Cristo, por medio del Espíritu Divino, sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas con infinito poder e infalible pericia.

II. Ahora, en segundo lugar, vamos a considerar AL MÉDICO Y SU MEDICINA: “El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” ¿Quién es el que sana a los quebrantados de corazón?

Yo respondo que *Jesús fue ungido por Dios* para esta obra. Él dijo: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón.” ¿Acaso el Espíritu Santo fue dado a Cristo en vano? Eso no puede ser. Él fue dado con un propósito que debe ser cumplido, y ese propósito es sanar a los quebrantados de corazón. Por el propio ungimiento de Cristo por el Espíritu Santo, pueden estar seguros que nuestro Médico sanará a los quebrantados de corazón.

Además, Jesús fue *enviado por Dios* con el propósito de hacer esta obra: “Me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón.” Si Cristo no sana a los quebrantados de corazón, no cumpliría la misión por la cual descendió del cielo. Si los quebrantados de corazón no fueran alegrados por Su vida gloriosa y las bendiciones que fluyen de Su muerte, entonces habría venido a la tierra en vano. Esta es la misión precisa por la que el Señor de gloria abandonó el seno de Su Padre para ser cubierto con el velo de la arcilla humana: para que sanara a los quebrantados de corazón; y Él lo hará.

También nuestro Señor fue *educado* para esta obra. No solamente fue ungido y enviado; sino que fue entrenado para ello. “¿Cómo?” se preguntarán. Pues bien, Él mismo tuvo un corazón quebrantado; y no hay mejor educación para el oficio de consolador que ser colocado allí donde tú mismo tienes necesidad de consuelo, para que puedas de esta manera consolar a otros con el mismo consuelo con el que has sido consolado por Dios. ¿Está quebrantado tu corazón? El corazón de Cristo fue quebrantado. Él dijo: “El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado.” Fue abatido hasta el nivel más bajo que hayas alcanzado, y todavía mucho más profundamente de lo que tú jamás puedas ser abatido. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” fue Su amargo clamor. Si esa fuera tu expresión de agonía, Él puede interpretarla por Su propio sufrimiento. Él puede medir tu dolor por Su dolor. Corazones quebrantados, no hay salvación para ustedes excepto por medio de Quien experimentó en Sí mismo un corazón quebrantado. ¡Ustedes que están desconsolados, vengan a Él! Él puede alegrar y hacer felices sus corazones, por el simple hecho del propio desconsuelo que experimentó, y por el quebrantamiento de Su propio corazón. “El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.” Él fue “tentado en todo según nuestra semejanza,” “varón de dolores, experimentado en quebranto.” Para un corazón quebrantado, no hay médico comparable a Él.

Además, yo puedo recomendar justificadamente a mi Señor Jesucristo como el Sanador de los quebrantados de corazón, porque Él tiene mucha *experiencia* en esa obra. Algunas personas tienen miedo que el doctor intente experimentos en ellas; pero nuestro Médico hará por nosotros únicamente lo que ha hecho muchas veces antes. Con Él, no se trata de experimentos. Si ustedes tocan hoy a la puerta de mi grandioso Doctor, tal vez le digan: “Señor mío, aquí viene el paciente más extraño que jamás haya venido a verte.” Mientras te mira, sonreirá, y pensará, “He salvado a cientos como tú.” Aquí viene otro que dice: “ese caso del hombre que me precedió no es nada comparado con el mío; yo soy seguramente el peor pecador que jamás haya existido.” Y el Señor Jesucristo dirá: “Sí, yo salvé hace tiempo al peor hombre que jamás haya existido, y salvo continuamente a personas como él. Me deleita hacerlo.” Pero aquí viene uno que tiene un quebrantamiento de corazón de manera muy curiosa. Él es un atormentado extraviado. Sí, pero mi Señor “se muestra paciente con los ignorantes y extraviados.” Él puede asir a este extraviado, pues siempre ha estado salvando a pecadores extraviados. Mi Señor ha estado sanando a los corazones quebrantados cerca de mil novecientos años. ¿Acaso pueden encontrar una placa de bronce en Londres que promocione a un médico de aquella época? Él ha estado en la obra mayor tiempo que ese; pues hace cerca de seis mil años Él se dedicó a este negocio, y ha estado sanando a los quebrantados de corazón desde aquel entonces.

Les diré algo que sé con base en una confiable autoridad, y es que nunca ha perdido un caso. Nunca ha venido alguien con un corazón quebrantado, que no le haya sanado. Nunca le dijo a alguien: “eres demasiado malo para que te sane,” pero sí dijo: “Al que a mí viene, no le echo fuera.” Mi querido lector, Él no te echará fuera. Tú dices: “usted no me conoce, señor Spurgeon.” No, no te conozco; y tú has venido aquí esta noche, y realmente no sabes por qué estás aquí; sólo sabes que estás muy abatido y muy triste. El Señor Jesucristo te ama tal como eres, un individuo pobre, decaído, lleno de dudas, desolado y desconsolado. ¡Hijas de la aflicción, hijos del dolor, miren esto! Jesucristo ha salido para sanar corazones quebrantados por miles de años, y está activo en la obra. La conoce tanto por experiencia como por educación. Él es “grande para salvar.” Tómenlo en cuenta; tómenlo en cuenta; y ¡que el Señor les conceda gracia para que vengan y confíen en Él ahora mismo!

Así, les he hablado acerca del Médico de corazones quebrantados; ¿les puedo decir cuál es su principal medicina? Es Su propia carne y sangre. No hay cura semejante. Cuando un pecador está sangrando por el pecado, Jesús vierte Su propia sangre en la herida; y cuando esa herida tarda en sanar, Él la venda con Su propio sacrificio. La salvación para

corazones quebrantados viene por la expiación, una expiación por sustitución, por Cristo que sufre en nuestro lugar. Él sufrió por cada uno de los que creen en Él, y el que cree en Él no es condenado, y no puede ser condenado nunca, pues la condenación que merece fue puesta sobre Cristo. Él está limpio delante del tribunal de justicia y delante del trono de misericordia. Yo recuerdo cuando el Señor puso ese precioso unguento sobre mi espíritu herido. Nada podía curarme hasta que entendí que Él murió en mi lugar, murió para que yo no muriera; y ahora, hoy, mi corazón se desangraría hasta la muerte, si no fuera porque creo que “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.” “Por su llaga fuimos nosotros curados,” y no por ninguna otra medicina, excepto este sacrificio expiatorio. Un maravilloso remedio que lo sana todo es este, cuando el Espíritu Santo lo aplica con Su propio poder divino, y deja que la vida y el amor fluyan al corazón que estaba a punto de desangrarse hasta la muerte.

III. Mi tiempo vuela demasiado rápidamente; por tanto, en tercer lugar, quiero que consideren EL TRIBUTO AL GRANDIOSO MÉDICO que es proclamado en mi texto. Es Dios el Espíritu Santo el que, por boca de Su siervo David, da testimonio hoy a esta congregación de que el Señor Jesús sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas. Si yo lo dijese, no necesitarían creerme más de lo que yo necesitaría creerles, si ustedes lo dijiesen. La palabra de un hombre es tan buena como la de otro, entre gente veraz; pero esta declaración se encuentra en un Salmo inspirado. Yo la creo; no me atrevería a dudar de ella, pues he comprobado su verdad.

Entiendo que mi texto quiere decir esto: *lo hace eficazmente*. Como lo mencioné el jueves pasado, si hubiese una persona abatida o desanimada en un radio de veinte millas de aquí, puede estar segura de encontrarme. Me río a veces y digo: “Dios los creó y ellos se juntan;” pero ellos vienen para hablar conmigo de su desánimo, y a veces me dejan medio desanimado cuando procuro hacerlos salir de su tristeza. He tenido algunos casos muy tristes últimamente, y me temo que, cuando salieron de mi habitación, no podían decir de mí: “él sana a los quebrantados de corazón.” Estoy seguro que sí podían decir: “hizo lo más que pudo. Utilizó los más sutiles argumentos en los que pudo pensar para consolarme.” Y se han sentido muy agradecidos. Han regresado a veces para dar gracias a Dios porque han sido alentados un poquito; pero algunos de ellos son visitantes frecuentes; he estado tratando de animarlos mes a mes. Pero, cuando mi Señor asume el trabajo: “Él sana a los quebrantados de corazón.” No solamente procura hacerlo, sino que lo hace. Él toca las fuentes secretas de la aflicción, y suprime el origen de la aflicción. Nosotros hacemos lo posible, pero no podemos lograrlo.

Ustedes saben que es muy difícil tratar con el corazón. El corazón humano necesita algo más que habilidad humana para ser curado. Cuando una persona muere, y los doctores desconocen la causa de su muerte, dicen: “fue una enfermedad del corazón.” No entendieron su mal. Eso es lo que quiere decir. Sólo hay un Médico que puede sanar el corazón; pero, gloria sea dada a Su bendito nombre: “Él sana a los quebrantados de corazón,” y lo hace eficazmente.

Según leo mi texto, entiendo que dice que *lo hace constantemente*. “El sana a los quebrantados de corazón.” No simplemente “Él los sanó hace años,” sino que lo está haciendo ahora. “El sana a los quebrantados de corazón, y *venda* sus heridas.” ¿Cómo, en este preciso instante? ¿Faltando diez minutos para las ocho? Sí, Él está haciendo esta obra ahora. “El sana a los quebrantados de corazón,” y cuando el servicio haya terminado, y la congregación se haya marchado, ¿qué estará haciendo Jesús entonces? ¡Oh, Él todavía estará sanando a los quebrantados de corazón! Supongan que finalice este año de 1890, y que el Señor no venga para juzgar, ¿qué estará haciendo entonces? Todavía estará sanando a los quebrantados de corazón. No ha usado todos Sus ungüentos. Su paciencia no se ha acabado. Su poder no ha disminuido en el más mínimo grado. Todavía sana. “¡Oh, Dios mío!” dirá alguien, “si hubiese venido a Cristo hace un año, me iría bien.” Si vienes a Cristo hoy, te va a ir bien, pues “El sana a los quebrantados de corazón.” “Me temo que he pecado hasta haber perdido mi día de gracia,” dice uno. “El sana a los quebrantados de corazón.” Yo no sé quién fue el inventor de esa idea “pecar hasta haber perdido el día de gracia.” Si quieres tener a Cristo, puedes tenerle. Si eres tan viejo como Matusalén (y no supongo que seas más viejo que él), si necesitas a Cristo, puedes tenerle. Mientras no hayas entrado al infierno, Cristo tiene el poder de salvarte. El prosigue con Su antigua obra. Debido a que tienes más de cincuenta años, tú dices que tu suerte está echada; porque tienes más de ochenta años, dices: “soy demasiado viejo para ser salvado ahora.” ¡Tonterías! Él sana, Él sana, está haciéndolo todavía, “El sana a los quebrantados de corazón.”

Pero voy todavía más lejos, y digo que *Él lo hace invariablemente*. Les he demostrado que lo hace eficaz y constantemente; pero también lo hace invariablemente. Nunca le trajeron un corazón quebrantado que no haya podido sanar. ¿Acaso no salen pacientes de corazón quebrantado por la puerta trasera, como fracasos de mi Señor? No, ninguno. No ha habido ninguno que Él no haya podido sanar. Los doctores se ven obligados, a veces, en nuestros hospitales, a renunciar al tratamiento de ciertas personas, y dicen que están desahuciadas. Ciertos síntomas han demostrado que esas personas son incurables. Tú que desesperas,

quiero decirte que en el hospital divino del cual Cristo es el Médico, nunca hubo un paciente Suyo que haya sido rechazado por incurable. Él puede salvar perpetuamente y sin excepciones. ¿Sabes qué tan lejos es eso: “perpetuamente”? No se puede ir más allá de “perpetuamente,” porque perpetuamente va más allá de todo lo demás, para convertirse en perpetuamente. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios.” ¿Dónde estás tú, amigo ‘Desahuciado’? ¿Estás aquí esta noche? “¡Ah!” dices, “me sorprende no estar en el infierno.” Bien, a mí también me sorprende; pero no estás, y nunca lo estarás, si te arrojas en Cristo. Descansa en la plena expiación que Él ha consumado; pues Él sana siempre, sin excepciones, “El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.”

Al leer estas palabras, entiendo que *Él se glorifica al hacerlo*. Él le dijo al Salmista, por medio del Espíritu Santo: “Escribe un Salmo que comenzarás con un Aleluya, y lo terminarás con un Aleluya, y coloca en el centro del Salmo esto, como una de las cosas en las que me deleito cuando recibo alabanza, porque sano a los quebrantados de corazón.” Ninguno de los dioses de los paganos ha sido alabado alguna vez por esto. ¿Acaso alguna vez leyeron algún himno a Júpiter, o a Mercurio, o a Venus, o a cualquiera de ellos, en los que hayan sido alabados por vendar a los quebrantados de corazón? Jehová, el Dios de Israel, el Dios de Abraham, Isaac, y Jacob, el Dios y Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, es el único Dios que se jacta de vendar a los quebrantados de corazón. Ven, tú que eres un gran pecador depravado; ven, tú que estás desesperado; ven, tú que te has adentrado sin medida en el pecado; ¡tú puedes glorificar a Dios más que los demás, creyendo que Él puede salvarte a ti! Él puede salvarte, y ponerte entre los hijos. Él se deleita salvando a quienes parecían estar más alejados de Él.

IV. Este es mi último punto: consideren QUÉ DEBEMOS HACER.

Si hay tal Médico, y tenemos los corazones quebrantados, es obvio que, primero que nada, *debemos recurrir a Él*. Cuando se le informa a la gente que tiene una enfermedad incurable, un mal que pronto los llevará a la tumba, se quedan muy acongojados; pero si oyeran que la enfermedad podría ser curada después de todo, en algún lugar u otro, preguntarían: “¿dónde? ¿Dónde?” Bien, tal vez es a miles de kilómetros de distancia; pero estarían prestos a ir, si pudieran. O la medicina podría ser muy desagradable o muy cara; pero si descubren que pueden ser curados, dicen: “la voy a conseguir.” Si alguien viniera a sus puertas y les dijera: “aquí la tienen, los curará; y pudieran obtenerla gratis, y en la cantidad que la necesitaran,” no habría ninguna dificultad para promover cualquier cantidad de la medicina, siempre y cuando encontráramos personas enfermas. Ahora, si tienen un corazón

quebrantado el día de hoy, se alegrarán de tener a Cristo. Yo tuve una vez un corazón quebrantado, y fui con Él y Él lo sanó; ¡lo sanó en un instante, y me hizo cantar de gozo! Jóvenes, varones y mujeres, yo tenía quince o dieciséis años cuando Él me sanó; yo quisiera que fueran a Él ahora, todavía que son jóvenes. La edad de Sus pacientes no tiene importancia. ¿Tienen menos de quince años? Los jovencitos y las jovencitas pueden tener corazones quebrantados; pero a su vez pueden venir a Jesús, y ser sanados. Vengan a Él esta noche, y pidan ser sanados.

Cuando estén a punto de ir a Cristo, posiblemente se pregunten: “¿Cómo iré a Él?” Ve por medio de la oración. Uno me dijo el otro día: “señor, yo quisiera que usted me escribiera una oración.” Yo respondí: “no, no puedo hacer eso, ve y dile al Señor lo que necesitas.” Él replicó: “algunas veces siento tan grande necesidad, que no sé qué es lo que necesito, y procuro orar, pero no puedo. Yo quisiera que alguien me dijera qué debo decir.” “¡Vamos!” le respondí: “el Señor te ha dicho qué es lo que debes decir. Esto es lo que ha dicho: ‘toma contigo unas palabras, y vuélvete al Señor: y dile: quita toda mi iniquidad, y recíbenos por Tu gracia.’” Ve a Cristo en oración con palabras como esas, o cualesquiera otras que te sean dadas. Si no se te ocurren palabras, las lágrimas son igualmente buenas, y más bien mejores; y los suspiros y los gemidos y los deseos secretos también serán aceptables a Dios.

Pero agréales fe. *Confía en el Médico*. Tú sabes que ningún linimento te sanará si no lo aplicas a la herida. Muy a menudo, cuando hay una herida, necesitas una gasa para cubrir el ungüento. La fe sostiene al ungüento celestial que lo cura todo. Ve al Señor con todo tu quebrantado corazón, y cree que Él puede sanarte. Cree que sólo Él puede sanarte; confía en que Él lo hará. Cae a Sus pies, y di: “si perezco, voy a perecer aquí. Yo creo que el Hijo de Dios puede salvarme, y seré salvado por Él; y nunca miraré a ninguna otra parte para mi salvación. ‘¡Señor, yo creo; ayuda mi incredulidad!’” Si has llegado tan lejos como eso, estás muy cerca de la luz; el grandioso Médico sanará tu quebrantado corazón muy pronto. Confía en que lo hará ahora.

Cuando hayas confiado en Él, y tu corazón haya sido sanado, y tú seas feliz, *cuéntale a otros acerca de Él*. No me gusta que mi Señor tenga hijos sin lengua. No digo que quiera que todos ustedes prediquen. Cuando toda una iglesia se pone a predicar, es como si el cuerpo entero fuera una lengua, y eso sería un vacío. Pero quiero que les digan a otros, de alguna manera u otra, lo que el Señor ha hecho por ustedes; y sean sinceros cuando se esfuercen para llevar a otros al grandioso Médico. No necesito recordarles de nuevo, porque todos ustedes la recuerdan, la historia acerca de un doctor de uno de nuestros hospitales, hace como

un año o dos. Él curó la pata quebrada de un perro, y el agradecido animal trajo a otros perros para que les curara sus patas quebradas. Ese era un buen perro; algunos de ustedes no son ni la mitad de buenos de lo que era aquel can. Tú crees que Cristo te está bendiciendo, pero no procuras nunca llevarle a otros para que sean salvos. Ese ya no debe ser más el caso. Debemos superar al perro en nuestro amor por nuestra especie; y nuestro intenso deseo debe ser que, si Cristo nos ha sanado, Él debe sanar a nuestra esposa, a nuestro hijo, a nuestro vecino; y no debemos descansar nunca hasta que otros sean llevados a Él.

Entonces, cuando otros sean llevados a Cristo, o incluso si no son llevados a Él, asegúrate de *alabarle*. Si tu corazón quebrantado ha sido sanado, y tú eres salvo, y tus pecados han sido perdonados, alábale. No cantamos ni la mitad de lo que deberíamos. No me refiero a cantar en nuestras congregaciones, sino cuando estamos en casa. Oramos cada día. ¿Cantamos cada día? Pienso que deberíamos hacerlo. Matthew Henry solía decir acerca de la oración familiar: “a los que oran les va bien; a los que leen y oran les va mejor; a los que leen y oran y cantan, les va mejor que a todos los demás.” Pienso que Matthew Henry tenía razón. “Bueno, yo no tengo buena voz,” dice uno. ¿No la tienes? Entonces no regañas nunca a tu esposa; no te quejas de tu comida; no eres de esos que hacen infeliz al hogar por sus comentarios malintencionados. “¡Oh, no me refiero a eso!” No, yo sé que no te referías a eso. Bien, alaba al Señor con la misma voz que has usado para quejarte. “Pero yo no puedo dar el tono correcto,” dirá otro. Nadie dijo que lo hicieras. Al menos puedes cantar como yo lo hago. Mi canto es de un carácter muy peculiar. Encuentro que no puedo limitarme a un tono; en el curso de un verso uso media docena de tonos y desafino; pero el Señor, a Quien yo canto, no me encuentra ninguna falla. No me culpa por no quedarme en este tono, o en aquel. No puedo evitarlo. Mi voz se fuga conmigo, y mi corazón también; pero yo sigo canturreando esto o lo otro, a manera de alabanza al nombre de Dios. Yo quisiera que tú hicieses lo mismo.

Yo conocí a un viejo metodista. Lo primero que hacía en la mañana, cuando se levantaba, era cantar un trozo de un himno metodista; y si me encontraba al viejo durante el día, siempre estaba cantando. Lo veía en su pequeño taller, con su piedra de zapatero en su rodilla, y siempre estaba cantando, y marcando el compás con su martillo. Cuando le pregunté una vez: “¿por qué estás cantando siempre?” él respondió: “porque siempre tengo algo por qué cantar.” Esa es una buena razón para cantar. Si nuestros corazones quebrantados han sido sanados, tenemos algo por qué cantar en el tiempo y por toda la eternidad. Comencemos a hacerlo para alabanza de la gloria de Su gracia, que “sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” ¡Que Dios

bendiga a todos los corazones quebrantados que están en esta congregación el día de hoy, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #2260 – Volumen 38

CHRIST'S HOSPITAL